

Oriana Fallaci:

una vida contra corriente de reflexiones
y búsquedas en el ejercicio de las propias libertades

LAURA ROSSETI RÍCAPITO*

"Siempre he considerado la desobediencia
hacia los tiranos como la única forma
de utilizar el milagro de haber nacido"
Prefacio de Entrevista con la historia (1976)

Como libre pensadora Oriana Fallaci ha sido protagonista y espectadora de eventos muy importantes del siglo pasado, desde la guerra de Vietnam a las muertes de Martin Luther King, desde las manifestaciones contra los juegos olímpicos en México el 2 de octubre de '68 hasta las guerras Indo-paquistana, de América latina y las de Oriente Medio.

Su trabajo de periodista y escritora ha sido firme testigo de las contradicciones de una época donde en los conflictos, sean vencidos o vencedores, han cargado con la responsabilidad de las atrocidades cometidas.

En el ámbito internacional ha dejado marcada una generación de periodistas e intelectuales por su aguda participación y cuestionamiento de acontecimientos históricos a nivel político y social así como religiosos y personal de la época que le tocó vivir.

Famosa, antipática y genial, Fallaci, florentina de origen y residente en Nueva York, ha sido para muchas mujeres el ejemplo de cómo se puede triunfar sin callar en el ámbito de un trabajo considerado un "oficio de hombres".

Su infancia fue marcada por acontecimientos muy particulares debidos a la segunda Guerra Mundial: a la edad de diez años era parte del movimiento clandestino de la Resistencia italiana antifascista al cual pertenecía su padre que, durante la ocupación de Florencia por parte de los nazis, fue capturado y torturado.

Por ese activismo durante la segunda Guerra mundial recibió un reconocimiento por parte del ejército italiano.

Empezó su carrera periodística en la empresa de su tío Bruno Fallaci importante editor de revistas entre las cuales

L'Europeo que en 1967 la envió de corresponsal a Vietnam donde volvió 12 veces en 7 años para documentar las mentiras y las brutalidades, los heroísmos y los aspectos humanos de una guerra que ella definió como "una sangrienta locura".

Presenció el horror en los campos de arroz y en los pantanos para describirlo, con el fin último de transmitir al lector la necesidad de defender la idea de paz sin perder, en medio de la tragedia, la capacidad de amar y de esperar.

En 1968 se desplaza a Estados Unidos para realizar unos reportajes sobre las muertes de Martin Luter King y de Bob Kennedy y se ocupa de los movimientos estudiantiles de ese entonces tomando una posición muy personal, compartida por su amigo Pier Paolo Pasolini, en la cual, a pesar de invocar las gestas del Che Guevara, consideraba a los estudiantes unos pequeños burgueses cuya cotidianeidad gozaba de amplios privilegios.

Por su compromiso ideológico con los movimientos de izquierda viene a México el 2 de octubre del mismo año para presenciar una manifestación pacífica en la Plaza de las Tres culturas en Tlatelolco. Su deber en cuanto periodista le valdrá una herida de gravedad al disparar la policía sobre unos cinco mil estudiantes. Esta terrible experiencia de desamparo le hará afirmar que los sucesos habían sido "una masacre peor de lo que había visto en la Guerra".

Pocos años después, a esta mujer tan particular le tocará encontrar el "amor de su vida" en un leader carismático y comprometido con las luchas sociales. Era el agosto de 1973 cuando Oriana conoce a Alekos Panagulis, dirigente de la Resistencia griega en contra de la dictadura de los Coroneles, al salir éste de la cárcel.

Desde aquel momento será su compañera de vida hasta su muerte que se dio en circunstancias equívocas en un supuesto accidente de tránsito el primero de mayo de sólo tres años más tarde.

Su libro del 1974 Entrevista con la historia logra ser un éxito editorial sin precedentes para una periodista. Se trataba de una recopilación de entrevistas a personajes políticos de renombre a nivel mundial sobre los principales acontecimientos y los temas más debatidos del momento. Entre ellos el Rey Hussain de Jordania, Yacer Arafat, Herry Kissinger, Deng Xiao Ping, Willy Brandt y el Ayatola Khomeni al cual no ahorró la calificación de "Tirano" después de haberse quitado el Chador que le habían obligado ponerse para acceder a la entrevista.

Desde entonces su relación con el Islam, que en los últimos años de su vida se volvió muy crítica y radical, daba signos de tener poca posibilidad de ser sobrellevada con indulgencia. Su condición de mujer emancipada, fuerte y valiente no podía tolerar tanta discriminación y marginación hacia su propio género que en la tradición musulmana se veía manifiesta.

En su libro *Penélope va a la guerra* de 1962 Oriana había exteriorizado una posición feminista que una gran cantidad de mujeres compartió: se trataba de una Penélope que no se resignaba a un papel dócil y hogareño, de una mujer cuyo destino era urdir un lienzo esperando el regreso de Ulises. Ella misma se había apropiado del personaje de Ulises para viajar en búsqueda de su identidad y de sus libertades.

En 1975 su novela *Carta a un niño que nunca nació*, que lograra vender más de 4 millones y medio de libros en todo el mundo, la Fallaci planteó las contradicciones personales y sociales del derecho a ser madre.

En un diálogo amoroso y duro con el posible ser que se está formando en su vientre la protagonista de la novela le plantea los rasgos dominantes de la sociedad que va a encontrar si nacerá niño o niña. Debido a los roles impuestos por un mundo lleno de desigualdades, la sutil y sana diferencia entre hombres y mujeres se había vuelto un pretexto para marcar espacios y conductas permitidas en contraposición a otras prohibidas o por lo menos poco convenientes.

Ese libro coincidía con los primeros debates y luchas de las mujeres europeas para una libre maternidad y el aborto. La mayoría de las legislaciones y las religiones vetaban, y todavía no toleran, este recurso que vuelve a la mujer dueña de su propio cuerpo para asumir de forma responsable la existencia de otro ser.

Aunque en los últimos años de su vida Oriana haya replanteado el problema del aborto, quizás debido a su acercamiento a la religión católica, queda innegable que la sensibilidad y el amor hacia la vida se manifestaba en este libro donde la autora ponía en discusión sus contradicciones como profesional y como mujer, sola, frente a la elección de un aborto voluntario.

Sus consideraciones personales más allá de los aspectos legales o religiosos, han sido de gran ayuda para enfrentar el trauma que sigue y persigue a muchas mujeres cuyas circunstancias han orillado a tomar decisiones muy drásticas.

Su alma era también alma de poeta por eso había mantenido una estrecha amistad con Pier Paolo Pasolini con el cual compartía muchas críticas hacia un sistema social y de poder corrompido y miope frente a las tradiciones.

Será ella la primera en manifestar sus dudas sobre el asesinato del escritor y cineasta, cuyo cadáver se encontró desfigurado un amanecer en el pueblo de Ostia en 1975.

Con su compañero Panagulis colaboró en las investigaciones y denunció un posible móvil político que nunca se logró aclarar. Para despedirse de su “querido amigo” escribió una “Carta a Pierpaolo”¹ recordando las afinidades y los contrastes, “tú tan dulce y yo tan dura”, y los tiempos pasados hablando de política, de religión, de las posibles Revoluciones, en China, Rusia o América y del cotidiano vivir.

En 1978 su admiración y entrega a Aleko la llevaron a escribir la novela *Un hombre* donde se vislumbra su apuesta sentimental sin caer en la idolatría de su compañero, un hombre que había resistido a la cárcel y a brutales torturas para después seguir luchando en contra de los poderosos que, a pesar del regreso de la democracia en Grecia, no habían desaparecido.

Oriana no hizo el retrato de un héroe, de un John Wane griego, más bien nos describió un hombre solo, con sus ideas y sus contradicciones, capaz de tomar una posición determinada por sus ideales, un hombre sin banderas que pagó con su propia vida su lucha solitaria.

Lo particular de esta novela está también en su tratamiento narrativo ya que la autora utilizó, casi siempre en forma coloquial, la segunda persona del singular, como si se estuviera dando un inagotable diálogo entre ella y Panagulis.

Después de este libro, que también fue un éxito editorial, la Fallaci siguió su carrera periodística colaborando en periódicos y revistas muy importantes a nivel internacional como el *New York*



Aida Emart

Time, Life, Le nouvel observateur, The Washington Post, Look, Der Stern y el Corriere della Sera.

Será hasta 1990 cuando vuelve a publicar otra novela, *Insciallah*, un libro ambientado entre las tropas italianas enviadas en 1983 por la ONU en Líbano, a Beirut, donde relata el primer atentado suicida de dos kamikazes islámicos en contra de las embajadas norteamericana y francesa que causó más de 400 muertos entre soldados y civiles.

En estos años traslada su residencia a Nueva York para escribir otra gran novela que será interrumpida por los dramáticos sucesos del 11 de septiembre de 2001. Estos acontecimientos, y una enfermedad que la llevará a la muerte el pasado 15 de septiembre, marcarán otra etapa de su producción literaria sellada por una postura radical en contra de los fundamentalismos.

Las controversias desatadas en el mundo político y en la opinión pública a nivel internacional no modificaron su punto de vista. Al revés la motivaron para volver a utilizar la palabra escrita como arma en defensa de su postura.

No sirvieron las críticas de colegas e intelectuales de la misma izquierda que tanto la habían sostenido, ni de personas allegadas, ni las imputaciones legales en su contra para detener su rabia y su afán de demostrar los peligros debidos a la tolerancia hacia el mundo islámico.

En 2004 Adel Smith, Presidente de la Unión de Musulmanes de Italia presentó una querrela contra Fallaci por algunas expresiones inequívocamente ofensivas contra el Islam reflejadas en sus obras. El Juez reconoció los hechos y emprendió un proceso por supuesto de desprecio al Islam.

En sus últimos dos libros *La rabia y el orgullo* y *La fuerza de la razón* la escritora denuncia la decadencia de la civilización occidental que, amenazada por el fundamentalismo islámico, no es capaz de defenderse.

Para muchos intelectuales sus posiciones fueron provocadas por la ambición personal de volver a ser el centro de la atención de millones de lectores; para otros sus posturas se volvían desfavorables para la misma cultura occidental porque orillaban a un enfrentamiento cultural, a una contraposición insanable y violenta.

Fue su última apuesta a contracorriente de una mujer que no tenía nada que perder.

En los últimos años Oriana no quería ser definida como una periodista porque consideraba que el término periodista se había desvirtuado y que era necesario volverle a dar un significado y un valor a una profesión cuya ética se estaba perdiendo

La Fallaci estimaba que ser periodista de verdad implicaba la ausencia de consideraciones personales. Desarrolla un trabajo periodístico alguien que relata hechos y pensamientos de otros intentando mantenerse al margen de un juicio de valor y procurando ser lo más objetivo posible; la participación en los sucesos se expresa en la forma de escribir o relatar, sin olvidar que una palabra insertada con sabiduría puede modificar la valencia de un discurso.

Es lo que Oriana había hecho en forma notable durante su vida profesional con una constante búsqueda de honestidad y equilibrio para no tomar posiciones predeterminadas.

Pero ahora prefería ser considerada una escritora ya que en sus últimas publicaciones se había involucrado en primera persona en los hechos, emitiendo juicios, dando su propia versión de los acontecimientos y teorizando sobre un posible futuro sombrío para disfrutar del máximo de libertad que permite la palabra escrita.

La Fallaci se presentó a sus lectores sin reservas. Sus libros y artículos podían gustar o no gustar, tener éxito o reprobación, despertar fuertes críticas y oposiciones pero sin duda, sus palabras reflejaban a una mujer que tenía la valentía de desnudarse para asumir su postura y defenderla hasta las últimas consecuencias.

El último adiós a Oriana esta "maledetta toscanza", la de los pensadores libres y arriesgados, testigos de su tiempo, de las atrocidades de las guerras y de los conflictos sociales se ha dado en Florencia en el Cementerio de los Allori donde la escritora ha sido sepultada con una copia del periódico *Corriere della Sera* del cual había sido corresponsal por muchos años, tres rosas amarillas y el "Fiorino d'oro" de su entrañable amigo Franco Zeffirelli, que como signo de protesta contra la administración pública de Florencia, que siempre negó a Oriana, le dejó este máximo reconocimiento que recibió de la ciudad, comentando: "Fuimos amigos desde siempre, era una "fiorentinaccia" que daba miedo a todo el mundo!"

Su partida deja un vacío intelectual parecido al que dejó Pier Paolo Pasolini con el mismo y único confort de su obra literaria y periodística que seguirá guiando profesionales libres de los chantajes mercantilistas dispuestos a arriesgarse llevando consigo las dudas y la búsqueda sobre qué tipo de sociedad puede eliminar la arrogancia de los poderosos o las imposiciones religiosas y culturales de fanáticos intransigentes. ■

* Académica de la UAM - Xochimilco

¹ <http://www.fucine.com/network/fucinemute/core/index.php?url=sommario.php>